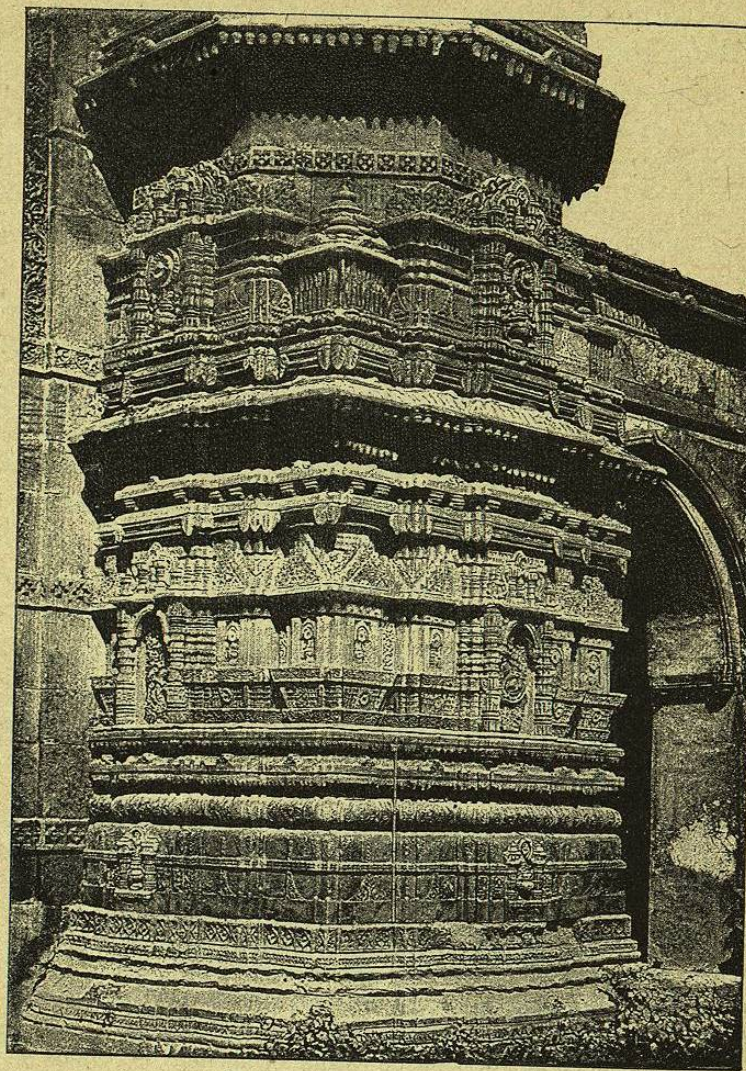


tes de un antepasado común. Pero por ficticia que esta concepción sea, basta para diferenciar profundamente el clan rajpute, del ducado ó del marquesado feudal. Mientras los vasallos del duque ó del marqués eran los inferiores del señor y no se unían á él sino por su debilidad que les había obligado á buscar su apoyo y á sufrir su yugo, los miembros del clan rajpute se consideran como los hermanos y como los iguales de su señor. Su nobleza es igualmente antigua. Tienen derecho á todas sus atenciones y le consideran como un hermano mayor hablando á sus hermanos menores, cuyos intereses son los mismos que los suyos y á quien no prestan su espada sino para la protección de sus intereses comunes. Sólo en caso de guerra, enfrente del enemigo, es absoluta su autoridad como general en jefe de todo el país.

No pudiendo esta función de jefe del ejército, la primera de todas en un Estado militarmente organizado, ponerse en manos de un niño, se interrumpe á veces la sucesión por herencia en los clanes rajputes cuando la herencia eleva al trono un rey incapaz de mandar efectivamente. Esta es la principal razón que puede dar el poder á los miembros menores de las ramas. Frecuentemente es el rey moribundo, ó sus viudas cuando ha expirado, quienes escogen el heredero adoptándolo. Pero es preciso que esta elección sea ratificada por los demás miembros del clan.

Esta sólida organización, por la que los rajputes de cada clan se consideran como los miembros de una misma familia, su bravura, la naturaleza montañosa de su territorio, les han permitido siempre conservar su independencia. Los mogoles, á pesar de la toma de su capital Chittor, los consideraban más como aliados que como súbditos, y los ingleses les tratan con los mayores miramientos. El Maharana de Odeypur es descendiente de esos soberbios soberanos que rehusaron toda alianza matrimonial con hijas de soberanos mogoles en el tiempo de su apogeo; fué el único príncipe indio que cuando la proclamación de la reina de Inglaterra como emperatriz de las Indias osó negarse á asistir á la reunión general de los

príncipes indígenas y devolvió al virrey el gran cordón de la Estrella de la India, declarando con menosprecio «que ninguno de



AHMEDABAD. — Mezquita de la reina de Saringpoore. (Siglo xv.)

(Altura de la parte del minarete representada, 5<sup>m</sup>,65.)

sus antepasados había jamás llevado emblemas de servidumbre.» Aunque no sea militarmente un príncipe muy importante,

el Maharana de Odeypur goza, no sólo entre los reyes de los clanes rajputes, sino en la India entera, de una supremacía debida á la antigüedad de su raza (1) y al esmero con que se ha conservado pura de toda mezcla.

La ley fundamental del matrimonio entre los rajputes es la exogamia, es decir, el matrimonio fuera del clan. Esta ley es absoluta, y para mantenerla más visible y más fuerte practican hoy aún el rapto simulado de la novia. Antes, en efecto, los mozos de un clan iban á conquistar á punta de espada sus esposas al clan vecino.

La dificultad de preservar á sus hijas de un mal casamiento, puesto que podían ser capturadas por un clan de nobleza menos pura y menos antigua, y los grandes gastos que el padre de la prometida estaba obligado á hacer para celebrar las bodas, introdujeron entre los rajputes la costumbre bárbara del infanticidio de las niñas, que comienza hoy apenas á desaparecer.

Aunque podemos considerar á los rajputes como indos que, protegidos por la situación geográfica de su país, han podido conservar y fortificar los hábitos de su raza al abrigo de las invasiones extranjeras, no hay que creer, sin embargo, que toda la India ofrecería hoy el espectáculo de los Estados rajputes si hubiera seguido libremente su evolución sin ser sometida al yugo de los conquistadores extranjeros.

(1) Desde el punto de vista legendario el clan de los Sisodias, clan de la familia reinante de Odeypur, pertenece á la raza *solar* y se supone descender de Rama, encarnación de Vishnu, el dios-sol; pero aparte de este origen fabuloso tiene una antigüedad histórica muy remota. Según los datos proporcionados por el pandista Rana Pratap, que me sirvió de guía durante mi estancia en Odeypur, datos conformes, por otra parte, á los que da Todd en su *Historia del Radjestán*, el fundador del clan de los Sisodias fué un cierto Bappa Rawul. Este primer rey del Meywar estableció desde luego hacia el año 700 de nuestra era su capital en la ciudad hoy desierta de Nagda. Se apoderó en seguida de Chittor, que subsistió capital de Meywar hasta su toma por los mogoles. Odeypur se convirtió en seguida y ha quedado capital de este Estado. La familia del Maharana actual reina, pues, auténticamente desde hace doce siglos. No existe en Europa ninguna familia soberana de antigüedad semejante. Existe aún menos en la India, donde todas las dinastías actuales son casi modernas, pues se formaron á la caída del imperio mogol.

Razonando así se olvidaría, en efecto, la influencia de un factor, el espíritu de secta, poco importante aún en la época del renacimiento general del brahmanismo, pero que no habría dejado de influir en seguida independientemente de toda intervención extranjera, para alterar el sistema del clan. Esta disposición regular que permitiría comparar los Estados rajputes á las células de una colmena yuxtaponiéndose en una construcción geométrica, se ha mantenido en el Rajputana, no solamente porque el enemigo no ha impuesto allí de ningún modo su ley, sino también gracias á la tibieza religiosa de ese pueblo belicoso, tibieza debida sin duda á sus ocupaciones militares, en un medio bastante áspero que no predispone apenas á los desvaríos metafísicos.

Fácil es evidenciar la influencia disolvente que habría ejercido por consecuencia el espíritu religioso en el resto de la India sobre la constitución del clan, demostrando que ese espíritu produce en el orden moral un efecto semejante del todo al que en el orden civil y militar acarrea la formación del clan. Las innumerables sectas que surgen cada día en la India desde hace siglos se forman cada una poco más ó menos como puede formarse un clan. Un utlaw, un hombre deshonorado, que ha perdido su casta, se lanza audazmente á cualquier reforma religiosa, hace prosélitos, y si es hábil ó afortunado, si sabe llegar á alguna fibra sensible de los corazones, se convierte en fundador de secta. Así que la secta está suficientemente reconocida y establecida, se convierte en una casta.

Véase, pues, un nuevo círculo de afinidad, la casta, que se crea fuera del primer círculo de afinidad, el clan, con leyes diferentes y á veces contrarias. Todo verdadero indo pertenece á la vez á una casta y á un clan. No le es permitido casarse fuera de su casta, ni en el interior de su clan. Se ve ya á qué organismo complicado habría podido llegar la India y qué confuso y extraño cuadro presentaría hoy á nuestros ojos europeos, si las circunstancias la hubieran permitido perseguir en libertad á la vez su ideal social y su ideal religioso. No ha alcanzado apenas sino

el último, y la diversidad infinita del sistema de las castas es ya de por sí suficiente para confundir nuestras imaginaciones occidentales.

La especie de cristalización que tiende, cuando no se la turba, á transformar una multitud confusa de bárbaros en clanes distintos, no ha podido producirse y mantenerse entre los rajputes sino por razón de la tibieza religiosa más arriba mencionada. Puede observarse aún esta cristalización en su comienzo en ciertos pueblos salvajes de la India, como los bhiles. Pero en ellos el clan no está rigurosamente cerrado, no es apenas sino la tribu en el interior de la cual están no obstante prohibidos los casamientos.

Todo nos autoriza á suponer que la mayor parte de la India aria presentaba en el siglo x el cuadro que ofrecen aún en nuestros días los Estados independientes del Rajputana, y por esto los hemos escogido como tipos de la organización política y social de la India antes de la conquista musulmana.

No podemos, como lo hemos hecho en otro capítulo, completar las indicaciones que preceden con los relatos de viajeros extranjeros. Las relaciones de viajeros árabes de una época algo posterior, tales como las de Ibn Batutah, nos enseñan poca cosa. La de Marco-Polo, el único europeo que visitó la India en el siglo XIII, no es más completa. Merecen, sin embargo, ser mencionadas, pues son los únicos documentos extranjeros que tenemos sobre la India meridional en el siglo XIII.

Las noticias que nos proporciona Marco-Polo se refieren principalmente á la civilización dravidiana del Sur de la India, de la que no hemos, por falta de documentos suficientes, hablado en este capítulo. El célebre viajero encontró sobre la costa de Coromandel poblaciones negras que vivían desnudas y adoraban las vacas. Estaban divididas en castas. Los parias comían sólo carne de buey; se les empleaba como carniceros para matar los demás animales, pues la muerte de todo ser era considerada como un crimen.

Marco-Polo admiró el esplendor de las pedrerías con que se

adornaban esos negros y que procedían probablemente de las minas de Golconda.

Hablaban esos pueblos, que se extendían en el interior del Dekkán, la lengua tamul y estaban divididos en los cinco reinos de que hemos hablado en nuestra exposición histórica, y de los que los cinco reyes eran en tal momento hermanos todos.

Los reyes tamules se vanagloriaban del número de sus mujeres; tenían hasta quinientas; todas expiraban sobre la hoguera cuando moría su esposo.

Marco-Polo visitó también la costa de Malabar, entonces habitada por audaces piratas, y el Konkán, donde halló poblaciones de dulces costumbres, notables por su honradez y su veracidad.

En el Guzerat admiró el número y la riqueza de las ciudades, el floreciente comercio y las industrias especiales, tales como la del cuero bordado é incrustado, que trabajaban los habitantes con arte maravilloso. Sorprendióle el respeto que tenían á los animales y á los bracmanes. Vió bracmanes que iban desnudos y vivían de limosnas: eran Yoguis, que se encuentran aún hoy; seres horrorosos á la vista, que olvidaban los cuidados más elementales del cuerpo, dejaban crecer su barba, sus cabellos y sus uñas, se martirizaban en público y ofrecían el más repugnante de los espectáculos.

Marco-Polo nos refiere sobre todo detalles exteriores. No es un observador como Hiuen-Thsang ó Fa-Hian. El relato de su viaje nos enseña, en suma, poca cosa.

A pesar de la falta de datos históricos, hemos llegado á reconstruir en gran parte el edificio de la sociedad inda en el siglo x. Y es que para hacerlo teníamos algo más que memorias contemporáneas; poseíamos en los Estados del Rajputana una página viva, arrancada de la historia de la India durante la época que queríamos describir y conservada intacta hasta nuestros días. Era preciso apresurarse á descifrar y comprender esa página, pues la civilización moderna, menos brutal que las conquistas, pero no obstante más destructora, no tardará en borrarla.